

Introducción

Naturaleza y neoliberalismo en América Latina

Leticia Durand

Universidad Nacional Autónoma de México

Anja Nygren

Universidad de Helsinki

Anne Cristina de la Vega-Leinert

Universidad de Greifswald

El neoliberalismo como concepto analítico

Actualmente, en las ciencias sociales existe gran interés por entender lo que Noel Castree (2008a) llama la “neoliberalización de la naturaleza”, es decir, la forma en que el neoliberalismo rige y transforma las interacciones humanas con la naturaleza. América Latina alberga el 40% de la biodiversidad mundial, posee más de un cuarto de los bosques de la Tierra, la tercera parte de las reservas de agua dulce del mundo y en su territorio restan importantes reservas minerales de petróleo, gas, hierro, cobre y oro (Bovarnick, Alpizar y Schnell 2010). Además del hecho de ser una “superpotencia en biodiversidad” (Bovarnick, Alpizar y Schnell 2010, 3), el análisis de la relación entre el neoliberalismo y la naturaleza en América Latina es particularmente importante debido a que, durante los últimos veinte años, el neoliberalismo ha apuntalado una transformación radical de las economías y las sociedades latinoamericanas y, por lo tanto, de los entornos “naturales” y de las políticas ambientales (Martin 2005; Perreault y Martin 2005).

El neoliberalismo no es un concepto fácil de definir, puesto que conforma un conjunto complejo de ideologías, representaciones, normas y prácticas propagadas por actores muy diversos y organizados en múltiples escalas (McCarthy

y Prudham 2004; Perreault y Martin, 2005; Ferguson 2010). Sin embargo, de manera muy general, es posible decir que, como una vertiente de la economía política, el neoliberalismo supone que el bienestar humano puede incrementarse mediante el impulso de la capacidad emprendedora de los individuos, ya que observa al mercado como el mejor mecanismo para la distribución de los bienes y servicios requeridos para cumplir las necesidades de las personas en el mundo (McCarthy y Prudham 2004; Castree 2008a).

El Estado, desde la perspectiva neoliberal, es una entidad poco confiable para promover el desarrollo económico, entonces se procura retraer (*roll-back*) sus funciones para facilitar el libre mercado y abrir nuevos espacios de inversión (Perreault y Martin 2005; Liverman y Vilas 2006). Este proceso no siempre equivale a disminuir el tamaño o la función del Estado, pero sí a su reconfiguración y reinstitucionalización (Bridge 2014; Perreault 2014). En términos prácticos, el neoliberalismo incluye procesos como la *privatización* de bienes de propiedad social o de servicios antes proveídos por el Estado; la *comodificación* o asignación de precios a objetos o fenómenos que estaban fuera del intercambio comercial; la *desregulación* o disminución de la presencia del Estado en numerosas áreas de la vida social; la *rerregulación* o la adaptación de las políticas públicas para facilitar la creación de mecanismos de regulación voluntaria basados en el mercado, y finalmente, el *respaldo* o fomento a empresas privadas o grupos organizados de la sociedad civil para proveer servicios que el Estado ya no presta o para compensar su ausencia (Castree 2008a; Bridge 2014).

El término *neoliberalismo* se ha vuelto muy común, y el uso más habitual está ligado a su comprensión como una fuerza externa que transforma, altera y, con frecuencia, destruye los sitios donde actúa (Martin 2005); sin embargo, es necesario considerar que el neoliberalismo está lejos de ser una condición estable y homogénea, pues existe variación en cómo es pensado, en las estrategias que se usan para impulsar sus agendas y en las relaciones que se tejen entre los actores implicados, así que es importante distinguir entre el neoliberalismo y la neoliberalización (Martin 2005; Perreault y Martin 2005; Castree 2008a).

Al observar la forma en que los fenómenos biofísicos se incorporan al pensamiento y las prácticas políticas neoliberales, nos encontramos con que existen múltiples expresiones, así como diversas tendencias y efectos (Heynen y

Robbins 2005; Castree 2008a, 2008b). Es decir, el neoliberalismo se materializa de forma muy distinta en diferentes espacios y contextos y, por lo tanto, no es solo una fuerza que destruye, sino que construye también nuevos discursos y nuevos procesos político-económicos, sociales y culturales (Martin 2005). Así, un asunto es la idea del neoliberalismo como doctrina económica y otro, sus diversas expresiones en la escala espacio-temporal, a las que Castree (2008a, 137) sugiere referirnos como *procesos de neoliberalización*.

Considerar estas particularidades nos ayuda a evitar argumentos y discusiones muy generales o simplistas y, al mismo tiempo, a superar la parálisis que produce la idea de un proyecto neoliberal monolítico y poderoso, donde los actores son simples víctimas incapaces de resistir (Castree 2008a; Perreault 2014). Es importante considerar que, aun bajo el influjo del neoliberalismo, los procesos y los actores locales desempeñan un papel muy relevante en la articulación del nuevo contexto sociopolítico (Martin 2005; Boelens et al. 2016).

Lo anterior nos lleva a otro punto importante en la comprensión del neoliberalismo: aunque muchos de sus adeptos lo observan como un proyecto apolítico —pues ven en el mercado un mecanismo neutral de distribución—, la colocación de bienes y males entre actores que difieren en su posición de clase, en sus recursos, en su capacidad de agencia y también en sus necesidades y deseos es, sin duda, un acto político, pues reconfigura las relaciones y nexos a través de los cuales el poder y la autoridad son concebidos y ejercidos (Castree 2008a; Larson y Soto 2008).

Aunque el ambiente ha sido en general un elemento relativamente poco analizado en la reflexión teórica del neoliberalismo, en los últimos años varias investigaciones se han enfocado en entender cómo la dinámica política, económica y social derivada de los procesos de neoliberalización se vinculan intrínsecamente con el medio ambiente (Castree 2008a; Perreault 2014). El neoliberalismo tiene profundas consecuencias en la forma en que nos acercamos y hacemos uso del mundo natural, puesto que muchos sectores económicos dependen directamente de la naturaleza y sus recursos, y debido a que una menor injerencia del Estado en los temas ambientales reduce la regulación ambiental. Al mismo tiempo, la privatización y la mercantilización de la naturaleza crean nuevos espacios de inversión y acumulación de capital, así como

nuevas funciones para el Estado y la sociedad civil, que facilitan, regulan, resisten o evitan sus consecuencias (Castree 2008a; Bridge 2014; Büscher 2014).

Naturaleza y neoliberalismo

Para Escalante Gonzalbo (2018), el neoliberalismo es mucho más que un proyecto económico. El neoliberalismo y su doctrina, centrada en la libertad económica, el individuo, la competencia y la acumulación de capital, se infiltran en todos los ámbitos de la vida social para crear una versión neoliberal de casi todo: la educación, la vida privada, el trabajo, etcétera (Escalante Gonzalbo 2018). Pero ¿de qué manera observa el neoliberalismo a la naturaleza? ¿Cuál es la versión neoliberal del mundo natural?

Para Philippe Descola (2001), existen varios modos de identificación, esto es, formas de trazar las fronteras entre lo propio y lo ajeno, entre lo humano y aquello que no lo es. La cultura occidental se caracteriza por una forma de identificación a la que denomina naturalismo, cuyo rasgo central es la creencia de que la naturaleza existe; es decir, consideramos que hay entidades que deben su presencia en el mundo a efectos ajenos a la voluntad humana (Descola 2001). Además de su independencia de lo social, en el imaginario de Occidente la naturaleza es una entidad objetiva que podemos conocer e intervenir a través de la ciencia y la razón; situación que la transforma en un ámbito sujeto a lo social, a la voluntad y a la capacidad humana para transformarla (Pálsson 2001).

Desde el siglo XVIII y hasta hace unas cuantas décadas, la naturaleza era vista como algo externo a la humanidad, disponible para ser usado y explotado, con excepción de algunas pocas áreas que eran excluidas del desarrollo en forma de parques naturales y reservas para la conservación (Hopwood, Mellor y O'Brien 2005). El deterioro ambiental era considerado un problema local, y la confianza en el conocimiento y la tecnología hacían pensar que todos los problemas y obstáculos, incluso aquellos planteados por los límites físicos de la naturaleza, podrían ser resueltos (Hopwood, Mellor y O'Brien 2005; Gómez Baggethun y De Groot 2007). Sin embargo, para las décadas de 1960 y 1970, problemas ambientales, como la deforestación tropical, la contaminación del

agua y el aire y la crisis del petróleo, promovieron el surgimiento del movimiento ambientalista y evidenciaron el fracaso de un sistema económico que ignoraba sus costos ambientales (Gómez Baggethun y De Groot 2007; Krichieff 2012; Durand 2014). Académicos de distintas disciplinas comenzaron a pensar que era necesario superar la visión de la naturaleza esencialmente como proveedora de bienes o materias primas, para fomentar una apreciación que tome en cuenta todos aquellos beneficios que derivan del buen funcionamiento de los ecosistemas, tales como la captura de carbono atmosférico, la provisión de agua o el mantenimiento de la biodiversidad, aspectos fundamentales para la vida humana (Costanza y Daly 1992; Costanza et al. 1997; Gómez Baggethun y De Groot 2007; Gómez Baggethun et al. 2010; McAfee y Shapiro 2010). De aquí surge la idea de los *servicios ambientales*, concepto que equipara la relación sociedad-naturaleza con una transacción mercantil donde existen proveedores (naturaleza) y clientes (sociedad; Sullivan 2009, 2012).

Hacia la década de 1990, “con la expansión del modelo neoliberal, los economistas desarrollaron y refinaron métodos para diferenciar los servicios ecosistémicos, calcular su valor monetario e integrarlos al mercado” (Durand 2014, 190). Así, transformaron a la naturaleza, sus bienes y servicios en capital natural, esto es, un conjunto de recursos y procesos biofísicos que generan flujos de recursos naturales y servicios ambientales útiles para incrementar el bienestar humano (Costanza y Daly 1992; Costanza et al. 1997). La traducción del discurso ambiental a la terminología de la economía y su integración a la narrativa neoliberal abren la posibilidad de crear nuevas mercancías y asignarles un precio o valor económico para incorporarlas al mercado (Sullivan 2009, 2012; Gómez Baggethun et al. 2010).

La economía neoliberal reconoce la necesidad de desarrollar estrategias para evitar la erosión del capital natural, y la propuesta central es hacerlo a través de esquemas de libre mercado que internalizan los costos con el establecimiento de cuotas para la contaminación, el uso y la conservación del capital natural, que pueden ser utilizadas, ahorradas o comerciadas (Liverman y Vilas 2006). Hoy en día, el instrumento líder en el ramo es el pago por servicios ambientales (PSA), donde los beneficiarios de servicios como la captura de carbono, el mantenimiento de hábitats para la biodiversidad o la

protección de las funciones hidrológicas, compensan su obtención a través de pagos a los proveedores (Gómez Baggethun et al. 2010; Sullivan 2012). Además, se ha producido un nuevo campo de inversión, el de los llamados *negocios verdes*, donde encontramos al ecoturismo, la bioprospección, la producción de alimentos orgánicos y otros productos certificados, que prometen conciliar al capitalismo con la preservación de la naturaleza, a la vez que observan a la crisis ambiental no como una deficiencia del funcionamiento del capitalismo, sino como una nueva oportunidad para la producción y acumulación de capital financiero (McCarthy y Prudham 2004; Castree 2008a; Sullivan 2012; Durand 2017).

Para los economistas del siglo XVIII, la naturaleza era la fuente de riqueza material, pues de ella provenían todos aquellos elementos o recursos con algún valor de uso. Hoy en día, la economía neoclásica ha desacoplado la articulación entre naturaleza y bienestar, al considerar que la naturaleza y sus recursos pueden ser sustituidos por capital manufacturado: la tierra puede ser sustituida por invernaderos o por tierra más allá de las fronteras nacionales; el germoplasma, por semillas híbridas o variedades genéticamente modificadas; la energía fósil, por energía solar o eólica, y la contaminación, por sumideros de carbono. Lo anterior significa que el valor de la naturaleza no se encuentra ya en el uso directo que podemos darle, sino en el valor de cambio de fracciones de ella, sean tangibles o intangibles. Es decir, el valor de los recursos naturales y las funciones y servicios ambientales se tasan en términos estrictamente monetarios (Gómez Baggethun y De Groot 2007; Gómez Baggethun et al. 2010; Arsel y Büscher 2012).

En el neoliberalismo, la naturaleza es un nuevo ámbito de acumulación y sus diferentes componentes y elementos se poseen, acumulan e intercambian en diversos circuitos comerciales. Al igual que otros capitales, se asume que el capital natural puede ser mejor administrado y conservado si se constituye en propiedad privada y si las prácticas de uso y conservación son rentables para quienes las implementan (Lemos y Agrawal 2006; Liverman y Vilas 2006; Büscher et al. 2012; Durand 2017; Escalante Gonzalbo 2018).

Las políticas neoliberales en América Latina

El neoliberalismo como paradigma económico tiene su origen a mediados del siglo xx con el trabajo de algunos teóricos ligados a la escuela de Chicago, quienes se oponían a la intervención del Estado en la economía. Estas ideas se transforman en política pública durante la década de 1980, luego de la recesión de 1973, cuando el estado de bienestar entra en crisis y los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan impulsan, desde sus poderosas naciones, la doctrina neoliberal (Perreault y Martin 2005; Liverman y Vilas 2006; Escalante González 2018).

En América Latina, los primeros países que transitaron hacia el neoliberalismo fueron Chile y Argentina, donde las dictaduras de Augusto Pinochet (1973-1990) y Jorge Rafael Videla (1976-1983) anticiparon, bajo la influencia de Estados Unidos e Inglaterra, la apertura comercial y la desregulación financiera (Guillén s. f.; Perreault y Martin 2005). Sin embargo, el giro general del continente hacia el neoliberalismo se produjo a finales de los ochenta, con la crisis de la deuda producto del fracaso del modelo de sustitución de importaciones adoptado en Latinoamérica para contrarrestar los efectos de la Gran Depresión económica de 1929. El modelo de sustitución de importaciones pretendió reducir la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas a los vaivenes de la economía internacional a partir del fortalecimiento del crecimiento interno, la industrialización y favoreciendo el comercio y la industria nacional a través de cuotas, impuestos y subsidios (Perreault y Martin 2005; Guillén 2013).

Algunas economías latinoamericanas mostraron altas tasas de crecimiento económico con el modelo de sustitución de importaciones, como Venezuela, que entre 1950 y 1980 incrementó su renta per cápita en 60 %, o Brasil, que durante el mismo periodo logró un aumento de 240 %. En promedio, para 1966, el producto interno bruto (PIB) per cápita del continente creció 5.49 dólares (Martínez Rangel y Soto Reyes Garmendia 2012). El crecimiento latinoamericano se tradujo en oportunidades de empleo, mejores salarios y en la esperanza de superar la pobreza, aunque amplias porciones de la población, sobre todo migrantes rurales que no lograron insertarse en el sector moderno

e industrializado, se mantuvieron al margen de este progreso. Los procesos de industrialización en el continente dependieron en gran parte de las importaciones de tecnología y del capital externo; con ello generaron un proceso de endeudamiento continuo que se agravó por las altas tasas de interés, los elevados precios del petróleo y la apreciación del dólar estadounidense. En un inicio, la crisis de la deuda trató de ser contrarrestada con un mayor control estatal de la economía y el endeudamiento externo; sin embargo, este “ajuste ortodoxo” provocó un estancamiento económico (Guillén 2013). En 1982, México se declara incapaz de solventar los pagos de su deuda internacional, seguido por otros países como Argentina y Brasil (Guillén s. f.; Perreault y Martin 2005; Fraile 2009; Martínez Rangel y Soto Reyes Garmendia 2012). Esta situación generó una gran desconfianza hacia la región por parte de los bancos e inversionistas privados, que se negaron a otorgar financiamientos; entonces, los Gobiernos debieron recurrir a los préstamos del Banco Mundial (BM) y del Fondo Monetario Internacional (FMI) para intentar reparar sus economías (Perreault y Martin 2005). No obstante, el BM y el FMI condicionaron sus préstamos a una serie de reformas estructurales; por lo tanto, la región abandonó su política basada en la intervención del Estado y la sustitución de importaciones, para orientar su economía hacia el neoliberalismo (Perreault y Martin 2005; Fraile 2009).

Hacia finales de la década de 1980, la llamada *década perdida de América Latina*, la situación económica en la región era caótica y las deficiencias en la administración por parte de los diferentes Estados se hicieron evidentes. De acuerdo con los economistas de países industrializados, los organismos financieros internacionales y las élites internas de América Latina, el continente necesitaba adoptar una serie de medidas de política económica conocidas como Consenso de Washington. Estas procuraban lograr el crecimiento y la estabilidad económica disminuyendo subsidios y eliminando empresas paraestatales a fin de reordenar el gasto público, creando derechos de propiedad claros para asegurar el crecimiento de un sector privado fuerte y promoviendo la liberalización financiera y comercial para atraer la inversión extranjera directa, entre otras medidas. Se esperaba, de acuerdo con los planteamientos de la economía neoclásica, que la inserción del continente en la globalización y el ingreso de

capitales privados fomentara el crecimiento económico para lograr superar la crisis de la deuda y disminuir tanto la pobreza como la inequidad en la región (Guillén s. f.; Martínez Rangel y Soto Reyes Garmendia 2012; Guillén 2013).

A mediados de la década de 1990, América Latina había alcanzado un nivel elevado de liberalización comercial y privatización (Fraile 2009). Así, por ejemplo, las tarifas arancelarias promedio se redujeron de 46 % en 1985 a solo 12 % en 1995, y la proporción de empresas paraestatales descendió de 20 a 9 %. Tan solo en México, fueron vendidas más de mil compañías del Estado, que incluyeron rubros como teléfonos (servicio), aerolíneas, acero, azúcar y bancos; mientras tanto, otras fueron desmanteladas, especialmente aquellas vinculadas con la agroindustria y que subsidiaban la producción de alimentos como maíz y café (Meyer 1993; Appendini 2001; Liverman y Vilas 2006; Katz 2015). De esta forma, los países del continente reorientaron sus economías hacia el exterior para conseguir, mediante exportaciones, las divisas necesarias para generar crecimiento económico y solventar sus deudas, con lo que transitaron hacia la globalización neoliberal. En los países de América del Sur esto implicó un regreso a la explotación y exportación de materias primas, al tiempo que México, Centroamérica y el Caribe se transformaron en centros de exportación hacia Estados Unidos impulsando el desarrollo de maquiladoras (Guillén s. f.).

Con la renegociación de la deuda externa, la inversión extranjera directa y los flujos de capital extranjero se reanudaron en América Latina y las economías lograron crecer de nuevo, pero pronto se produjo la sobrevaluación de las monedas y se generó un nuevo ciclo de endeudamiento externo. En esos años, la mayoría de los países de la región experimentaron crisis económicas agudas, como México en 1994, Brasil en 1999 y Argentina en 2001 (Guillén s. f.; Sader 2008).

La aplicación del Consenso de Washington y del modelo neoliberal en América Latina se caracterizó por una preocupación profunda por lograr un crecimiento acelerado y mantener la estabilidad macroeconómica; sin embargo, se olvidó la importancia del crecimiento con equidad y no lograron construirse instituciones capaces de impulsar y distribuir los beneficios del crecimiento. Esto acentuó más la brecha entre ricos y pobres, y agravó la pobreza

y la desigualdad social en el continente (Guillén s. f.; Martínez Rangel y Soto Reyes Garmendia 2012). El índice de Gini¹ para Latinoamérica hoy en día es de 51.6, cifra superior al promedio global (39.5) y del doble de las economías más desarrolladas. Colombia, Bolivia, Honduras y Brasil son algunos de los países más desiguales del mundo, y en América Latina en general el 20 % de la población más rica es casi 20 veces más acaudalada que el 20 % más pobre (Katz 2015).

Neoliberalismo y naturaleza en América Latina

Durante las décadas de 1960 y 1970, cuando la crisis ambiental comienza a mostrar sus primeros síntomas, se consideraba que los efectos ambientales negativos o las externalidades del sistema económico podrían ser reguladas por el Estado a través de normas, multas y demandas judiciales que obligaran a los empresarios y productores a reducir sus impactos ambientales. Sin embargo, los incentivos para mejorar la conducta ambiental, más allá de los laxos estándares impuestos por los Gobiernos, no fueron suficientes y comenzó a considerarse la necesidad de internalizar los costos de la producción (Liverman y Vilas 2006).

Como explicamos, el enfoque neoliberal para la gestión ambiental asume que los recursos de propiedad privada pueden ser mejor manejados que aquellos que carecen de derechos de propiedad, que pertenecen al Estado o que son de propiedad colectiva. Así, se asignan derechos de propiedad a elementos y recursos como el agua, la biodiversidad o la atmósfera, a fin de que puedan ser valorados económicamente e incorporados como mercancías (*commodities*) al intercambio comercial. Mientras, los costos del deterioro se internalizan a través del principio de “el que contamina paga”, donde existen cuotas de

¹ El coeficiente de Gini mide la concentración del ingreso o desigualdad entre personas en una región determinada. Toma valores de 0 a 1, donde 0 corresponde a la distribución equitativa entre todos los individuos y 1 indica que un solo individuo posee todo el ingreso. El índice de Gini es el valor del coeficiente multiplicado por 100.

uso que deben ser pagadas, pero que pueden también ingresar al mercado o ser comerciadas (Lemos y Agrawal 2006; Liverman y Vilas 2006).

En una amplia revisión de la literatura disponible, Liverman y Vilas (2006) hallan escasa evidencia de que el ambiente en América Latina pueda ser preservado de mejor manera bajo esquemas neoliberales de gestión ambiental; sin embargo, el modelo neoliberal y sus mecanismos de mercado dominan hoy en día la política ambiental en la mayor parte de los países latinoamericanos gracias al apoyo firme del sector privado, que encuentra en él enormes oportunidades para hacer crecer su capital y su poder (De Castro, Hogenboom y Baud 2015).

Además, la gobernanza ambiental neoliberal no cuestiona ni amenaza los intereses de las élites políticas y económicas de la región, pues discute los problemas de pobreza, sostenibilidad y conservación desde la perspectiva de la regulación voluntaria basada en el mercado y, al mismo tiempo, satisface la agenda ambiental de las grandes organizaciones no gubernamentales (ONG) internacionales y aquellas con relevancia nacional (Gómez Baggethun et al. 2009; Sullivan 2009, 2012; De Castro, Hogenboom y Baud 2015).

En un principio, los procesos de privatización se limitaron a las empresas y servicios públicos que pertenecían a los Estados, pero poco a poco se fueron extendiendo hacia los recursos naturales propiedad de comunidades locales, pequeños propietarios o recursos considerados como bienes comunes, en un proceso que David Harvey denomina acumulación por desposesión (Harvey 2004, 63; Seoane 2006). Esta situación ha dado lugar a numerosos, muy frecuentes e intensos conflictos socioambientales en todo el continente, los cuales han derivado en movimientos sociales de gran relevancia, ya que se enfrentan al despojo de los recursos y al deterioro de bosques, tierras, aguas, aire y alimentos (Bebbington y Bury 2013; Perreault 2013; Boelens et al. 2016).

Actualmente, se sugiere que en América Latina vivimos el enfrentamiento entre dos modelos opuestos de desarrollo: el neodesarrollo o neoextractivismo, que apuesta por la explotación intensiva de materias primas, estrategias de mercado y soluciones institucionales para alcanzar prácticas sustentables, y el llamado posneoliberalismo, muy vinculado a la idea del *buen vivir*, que busca una mayor autonomía para la región, en algunos casos con la

persistencia del modelo económico capitalista, y en otros, a través de modelos económicos alternativos, como el decrecimiento, la economía solidaria o la gestión comunitaria de los recursos (Escobar 2010; De Castro, Hogenboom y Baud 2015; Katz 2015; Gudynas 2016).

Buscando aportar elementos para una comprensión general de la relación entre el neoliberalismo y la naturaleza en América Latina, este libro pretende explorar los vínculos del modelo económico neoliberal con la transformación socioambiental, así como las racionalidades y prácticas políticas de la gobernanza neoliberal en torno a los asuntos ambientales y los conflictos y luchas sociales que surgen alrededor de los recursos naturales y la gobernanza ambiental. Nos interesa documentar cómo el neoliberalismo ha modificado los esquemas de uso, acceso, control y gobernanza de los recursos naturales, privilegiando ciertas estrategias y actores, y transformado las relaciones de las comunidades y grupos sociales con su entorno, mientras estos se incorporan, negocian y resisten las influencias de la ola neoliberal en sus formas de vivir y en sus anhelos.

Sobre la estructura de la obra

El conjunto de trabajos que se presentan en este libro ilustra la riqueza y la complejidad de las transformaciones socioambientales estrechamente vinculadas con el giro hacia el neoliberalismo ocurrido en América Latina desde la década de 1980. Los textos nos muestran una gran variedad de cambios político-económicos, ecológicos y socioculturales ligados a diferentes niveles espaciotemporales en una amplia variedad de regiones y países de América Latina, lo que permite observar la forma en que las dinámicas de neoliberalización de la naturaleza se consolidan en sitios tan distintos como las favelas de Río de Janeiro en Brasil, la Patagonia chilena, la costa de Perú o el trópico mexicano, entre otras.

Los primeros tres capítulos se ocupan de analizar las estrategias neoliberales de conservación de la biodiversidad que intentan incentivarla otorgando beneficios directos o pagos a los pobladores de comunidades rurales por

conservar. Estos textos se ocupan específicamente de los esquemas de pagos por servicios ambientales (PSA) y de su versión más refinada, REDD+.

Figueroa y Caro-Borrero exploran cómo las personas en México entienden y experimentan los programas de PSA que se aplican en sus bosques, y muestran que estos programas han generado mejoras en términos económicos, sociales y ambientales en comunidades caracterizadas por un alto grado de pobreza. Sin embargo, los pagos no han logrado contrarrestar la asimetría existente en el acceso a los recursos naturales, a la información y a los beneficios de los programas, así como tampoco ayudan a solucionar la escasa participación comunitaria en el manejo ambiental. Aún más preocupante es que los PSA inducen un cambio en la percepción que los residentes locales tienen de los ecosistemas y su conservación hacia una visión predominantemente utilitaria y mercantil, lo que contribuye a la erosión progresiva de los valores comunitarios vinculados a los recursos naturales.

Trench y Libert Amico, a partir de un extenso trabajo de campo realizado en los estados de Yucatán y Chiapas en el sureste de México, exploran la manera en que los contextos locales, más específicamente las estructuras agrarias, los esquemas de gobernanza y las relaciones de poder, contribuyen a transformar una iniciativa global como REDD+, que intenta integrar los servicios ambientales al mercado para disminuir la deforestación y degradación, en variantes locales que no siempre resultan en la privatización y mercantilización de los bosques. En este caso, una serie de incentivos implementados para generar un mercado de bonos de carbono se convierte, en el contexto particular del sureste mexicano, en subsidios federales que se incorporan a relaciones clientelares y fortalecen el papel del Estado, que se coloca por encima de los mercados internacionales. Los autores nos invitan a alejarnos de visiones dualistas para observar los matices en la interacción entre el neoliberalismo y el Estado mexicano.

Van Hecken y sus colaboradores nos presentan un análisis detallado sobre los PSA, promovidos como un prometedor instrumento de conservación, y su relación con las prácticas productivas y las dinámicas territoriales de la frontera agrícola alrededor de la reserva biológica de Indio-Maíz en Nicaragua. Los autores explican que, aunque la producción ganadera predomina en

la zona, existen varios sistemas de producción que se desarrollan simultáneamente y son influenciados por las características estructurales del entorno. En este sentido, los PSA pueden orientar el cambio de perspectivas y de racionalidades, pero no logran crear suficientes incentivos para contrarrestar la racionalidad económica y social dominante, basada en la colonización de la selva y su conversión al uso agrícola.

El acaparamiento de las tierras y otros recursos naturales es otra consecuencia de la neoliberalización de la naturaleza en América Latina, donde se han implementado modelos de desarrollo orientados hacia el extractivismo y la agroindustria intensiva. Este fenómeno ha generado un fuerte debate sobre la (re)concentración de la tierra y el acceso y control de múltiples recursos naturales en el continente (Bebbington y Bury 2013; Borrás et al. 2013; Edelman, Oya y Borrás 2013). En este sentido, el texto de Garibay analiza la forma de operación de las corporaciones mineras transnacionales, que se organizan en lo que llama *clúster minero global* a fin de controlar y someter territorios a sus intereses comerciales. Al mismo tiempo, estudia cómo generan discursos que los dirimen de las afectaciones sociales y ambientales de la megaminería. De forma muy detallada, Garibay Orozco explica la manera en que las compañías mineras, agrupadas en un consejo internacional, despliegan un sistema de inteligencia estratégica e instauran horizontes de coerción sobre comunidades y pueblos para operar sus minas sin resistencia social. A través del análisis de la operación del clúster minero en México, Garibay Orozco nos muestra cómo se concretan los procesos de desposesión del territorio y los recursos, además de la violencia y las catástrofes ambientales y sociales implicadas en la megaminería en la República Mexicana.

Por su parte, Tejada y Rist analizan el acaparamiento de grandes superficies de tierras en el Perú, para mostrarnos que durante los últimos años, y a raíz de su inserción en el neoliberalismo, el sector agroindustrial peruano ha configurado una poderosa alianza con el Estado mediante la adopción de nuevas tecnologías y de su colaboración con capital multinacional, con lo que han orientado las políticas económicas hacia el modelo extractivista. En su estudio detallado del valle de Chira, examinan las luchas agrarias contra el acaparamiento de las tierras bajo la perspectiva de la teoría de la *gran transformación*

de Karl Polanyi (1944) y del *triple movimiento* de Nancy Fraser (2013); además, analizan la reacción de la población afectada por el acaparamiento de sus recursos. El texto nos muestra que los campesinos resisten y prefieren organizarse en cooperativas para mantener, a través de la solidaridad, un cierto nivel de autodeterminación y participación en los mercados globales de productos orgánicos y comercio justo, que involucrarse en los mercados agroindustriales promovidos por la alianza del Estado y el empresariado nacional, que son quienes les arrebatan sus tierras.

Sobre esta misma temática, Rodríguez Torrent, en su estudio sobre la Patagonia chilena, analiza el fenómeno del *acaparamiento verde* (*green grabbing*) a partir de narrativas y discursos (Fairhead, Leach y Scoones 2012; Edelman, Oya y Borras 2013; Büscher 2014). Argumenta que nuevos actores, como los llamados *neorrurales*, las comunidades *neohippies* y el sector del turismo de aventura y el ecoturismo, participan en la “revalorización” de espacios previamente considerados como marginados, y promueven su progresiva mercantilización a través de la construcción de imaginarios, narrativas e identidades en torno a una naturaleza prístina y a nuevos tipos de “colonos”, como los aventureros o los inconformes que intentan huir del mundo capitalista. Estas mismas narrativas permiten crear nuevos centros (*resorts*) ecoturísticos de lujo y áreas naturales privadas que constituyen *enclosures*, o encapsulamientos, derivados de los procesos de apropiación, privatización y acaparamiento del territorio y el paisaje.

El tercer tema importante en este libro son los cambios agrarios promovidos por las políticas neoliberales, los cuales presionan hacia el abandono de la agricultura campesina tradicional y la pequeña agricultura comercial e impulsan a los grandes consorcios agroindustriales, restando importancia a la autosuficiencia alimentaria bajo el credo del libre comercio. El capítulo escrito por De la Vega-Leinert y colaboradores compara estudios de caso en México y Vietnam, e identifica similitudes en los procesos de integración de las comunidades campesinas y de pequeños productores a las cadenas agrícolas globales. Del mismo modo, el estudio de caso de Guzmán en El Salvador ilustra cómo algunas comunidades campesinas anteriormente enfocadas a la producción para el autoconsumo y el mercado local se reorientan hacia la agricultura comercial

de exportación. El desarrollo de nuevas cadenas de valor para el mercado convencional —como las frutas tropicales en Vietnam, la certificación orgánica del café en México y del marañón en El Salvador— si bien ha generado nuevas fuentes de ingresos para las comunidades productoras, presenta obstáculos significativos que limitan fuertemente la capacidad de los productores para aprovechar los beneficios potenciales de los mercados alternativos o de calidad.

El cuarto tema crucial en esta obra es la gobernanza ambiental neoliberal en las zonas urbanas de América Latina. En este sentido, el capítulo de Saaristo nos presenta un análisis sobre la segregación urbana en Río de Janeiro, Brasil, y describe los mecanismos que dan lugar a la marginación de la población de las favelas y cómo estas personas desarrollan estrategias para resistir su situación de subordinación. Saaristo explica que los procesos de urbanización en la América Latina neoliberal responden a la comodificación del espacio urbano y a la producción de plusvalía, la cual relega a un segundo plano las necesidades y derechos de sus habitantes.

El estudio de Nygren sobre la ciudad de Villahermosa, Tabasco, México, expone que en las estrategias de gobernanza para inundaciones se han transformado desde las medidas de control tecnocéntricas basadas en la construcción de diques y muros de contención, hacia estrategias de resiliencia que promueven la adaptación cultural para saber convivir con el agua. El análisis examina la gobernanza neoliberal como un “arte de gobernar”, desde la perspectiva teórica de Michel Foucault (2003, 2007), y explica que las estrategias predominantes de gobernanza urbana en Villahermosa constituyen formas híbridas donde la cogobernanza pública-privada y la autogestión ciudadana se mezclan con los legados del control estatal y las relaciones clientelares. A partir de un análisis detallado de tres diferentes áreas socioeconómicas de la ciudad, el estudio nos enseña cómo la planificación y la política urbana aumentan la segregación social, empujando a ciertos grupos sociales a ocupar espacios de por sí inhabitables, mientras facilitan que otros grupos logren controlar los espacios privilegiados de la ciudad.

El trabajo de Pardo Núñez y Durand se ocupa de las redes alternativas de alimentos agroecológicos, locales y de comercio que han surgido en la Ciudad de México, las cuales buscan revitalizar el papel de los pequeños campesinos

y de la agroecología a través de tianguis o mercados semanales en donde los productores interactúan directamente con los consumidores, y así eliminan a los intermediarios. La literatura especializada da cuenta de una intensa discusión sobre si las redes alternativas de alimentación constituyen espacios de resistencia o de reproducción de las prácticas neoliberales y, en este sentido, las autoras se ocupan de cuatro iniciativas de tianguis en la Ciudad de México y exploran su origen, propuestas y prácticas, analizando si estas tienden más a cooperar con o a resistir los procesos de neoliberalización de la naturaleza (Gutham 2008; Holt-Giménez 2010, 2011). El texto explora los objetivos sociales, ambientales y económicos de los tianguis, así como sus bases sociales, orientaciones políticas y propuestas para trascender el espacio del tianguis y ampliar los impactos de su causa.

Finalmente, para el caso de Honduras, Roux relata cómo la llegada de la palma africana a la región del Aguán se vincula a una historia de despojo de las comunidades campesinas, debido tanto a políticas gubernamentales y la presión de las grandes compañías transnacionales como al endeudamiento y la falta de margen de maniobra de las cooperativas de productores. La industrialización de la agricultura amenaza la seguridad alimentaria del Aguán, y es este mismo proceso, aunque en sentido inverso, el que convierte a la ciudad de Detroit, en Estados Unidos, en un desierto alimentario. Para Roux, el giro neoliberal sacrifica las viejas ciudades del capitalismo industrial, pero se extiende hacia nuevos ámbitos donde la naturaleza es mercantilizada y expuesta a un extractivismo desenfrenado.

Algunas conclusiones sobre el conjunto de trabajos

Los capítulos que conforman este libro ilustran la variedad y complejidad de las transformaciones socioecológicas derivadas del giro hacia el neoliberalismo que se produjo en América Latina a partir de 1980, y nos ofrecen algunas pautas para comprender los rasgos y las implicaciones de los procesos de neoliberalización de la naturaleza en nuestro continente.

Un punto importante es que, a la luz de lo expuesto, parece necesario abandonar los acercamientos que dividen de forma tajante los ámbitos de lo natural y lo social. Los textos muestran cómo los espacios y elementos naturales son constantemente redefinidos en los procesos de neoliberalización. De esta forma, espacios antes olvidados por el desarrollo, como la Patagonia, hoy adquieren valor para la acumulación de capital a partir de la transformación de la naturaleza prístina en una nueva mercancía. De igual modo, constatamos que para ciudades como Río de Janeiro y Villahermosa, los espacios considerados riesgosos o marginales no lo son debido a sus atributos físicos, como su ubicación o condiciones hidrológicas, sino a las políticas públicas que se implementan y a los intereses que estas favorecen. Los estudios presentados en este libro nos invitan a distanciarnos de las dicotomías convencionales, como naturaleza/cultura, rural/urbano, tradicional/moderno o global/local, y abogan por la necesidad de desarrollar miradas que nos permitan comprender la interacción, las contradicciones y la codependencia de los procesos de neoliberalización de la naturaleza.

Al mismo tiempo, los estudios de caso demuestran que la interacción entre neoliberalismo y naturaleza produce nuevos actores y nuevos roles para las personas, grupos sociales, espacios y territorios. Con la implementación de esquemas de PSA y REDD+, los bosques adquieren la nueva vocación de producir carbono y sus habitantes se transforman en agentes de conservación. Del mismo modo, las formas tradicionales de producción campesina se debilitan y, sin desaparecer por completo, son presionadas para transitar hacia la producción de *commodities* para los mercados internacional, convencional, *gourmet* u orgánico. En este proceso, los habitantes rurales se vinculan con ONG, agencias multilaterales y empresas en una dinámica que, alentada por el Estado, los obliga a mirar siempre más allá de sus localidades. Esta integración a los mercados internacionales puede, en efecto, generar nuevas fuentes de ingreso para las comunidades campesinas, pero también implica una creciente dependencia hacia el mercado y la economía monetarizada, de manera que las enfrenta al riesgo de pérdida de agrobiodiversidad y seguridad alimentaria.

El desarrollo de nuevas tecnologías y el interés incesante por la producción y circulación de capital despojan a las comunidades de sus territorios y los

subordinan a la intención de lucro de poderosos actores nacionales e internacionales, por ejemplo, las compañías mineras, que ahora extraen minerales de zonas antes consideradas agotadas de recursos, o la agroindustria, capaz de introducir costosas obras de riego para hacer productivas tierras áridas. Los costos ecológicos y sociales que estas experiencias suponen nos hacen dudar de la prevalencia de soluciones *win-win* —gana-gana— en los procesos de neoliberalización de la naturaleza, donde el mercado y sus reglas intrínsecas, se supone, producirán resultados positivos tanto para el medio ambiente como para todos los actores y sectores sociales. Al mismo tiempo, estas situaciones muestran bien cómo el Estado más que desaparecer, reconfigura su función y se constituye, en muchos casos, en un aliado del capital privado y, por acción u omisión, colabora con los procesos de acumulación por desposesión.

Otro punto relevante, y que varios de los capítulos aquí incluidos señalan, es que los procesos de neoliberalización de la naturaleza no suceden sin resistencia. Los campesinos, consumidores, habitantes de zonas vulnerables y afectados ambientales desarrollan formas de rebeldía hacia la desposesión, el incremento de su vulnerabilidad y frente a los imaginarios neoliberales que demeritan sus capacidades, hacen caso omiso de las condiciones estructurales de injusticia que enfrentan y pretenden responsabilizarlos tanto de sí mismos como de su entorno. Estas estrategias incluyen la oposición frontal, como el cierre de minas o las manifestaciones públicas, pero también formas de reclamo más sutiles y cotidianas, como la creación de espacios independientes de comercialización, la reelaboración de sus identidades, la organización local y el uso ventajoso —no así comprometido— de los instrumentos de gestión ambiental neoliberal.

Los trabajos que se compilan en este libro nos permiten decir que, para América Latina, los procesos de neoliberalización de la naturaleza parecen siempre incompletos e imperfectos, procesos donde los mecanismos de mercado generan, en ocasiones, mejoras económicas para las comunidades, que, sin embargo, no logran contrarrestar la desigualdades iniciales ni tampoco transformar de manera determinante los sistemas tradicionales de producción; o donde la generación de nuevos mercados crea subsidios que nada tienen que ver con la oferta y demanda de servicios o productos; donde las formas de

resistencia constituyen a la vez nuevas oportunidades de comercialización, o donde la planificación urbana genera mayor segregación y riesgo en las ciudades. En conjunto, los capítulos nos hablan de procesos y dinámicas en marcha, pero también de temas que necesitan ser mejor explorados y analizados, entre ellos: el carácter híbrido de los procesos de neoliberalización de la naturaleza, el papel cambiante del Estado, la distribución tanto de costos como de beneficios y el carácter y potencia de las formas de resistencia, tenues o evidentes, que se desprenden de toda esta dinámica.

Finalmente, no podemos dejar de resaltar la relevancia de una tarea de introspección y reflexión personal sobre nuestro papel como académicos pero también como consumidores, electores, empleados, empleadores, profesores, padres, madres, turistas, vecinos y tantos otros papeles que nos toca desempeñar en el mantenimiento y la reproducción de las dinámicas de explotación, deterioro y exclusión presentadas en este libro, y en la labor, tal vez más relevante, de (re)construir, diseñar, difundir y apoyar utopías y caminos alternativos a nuestra condición actual.

Referencias bibliográficas

- Appendini, K. 2001. *De la milpa a los tortibonos: la restructuración de la política alimentaria en México*. México: El Colegio de México; United Nations Research Institute for Social Development.
- Arsel, M. y B. Büsher. 2012. "Nature™ Inc: Changes and Continuities in Neoliberal Conservation and Market-based Environmental Policy". *Development and Change* 43(1): 53-78.
- Bebbington, A. y J. Bury, eds. 2014. *Subterranean Struggles: New Dynamics of Mining, Oil and Gas in Latin America*. Austin: University of Texas Press.
- Boelens, R., J. Hoogesteger, E. Swyngedouw, J. Vos y P. Wester. 2016. "Hydro-social Territories: A Political Ecology Perspective". *Water International* 41 (1): 1-14.

- Borras, S., J. Franco, S. Gómez, C. Kay y M. Spoor. 2012. "Land Grabbing in Latin America and the Caribbean". *The Journal of Peasant Studies* 39 (3-4): 845-872.
- Bovarnick, A., F. Alpizar y C. Schnell, eds. 2010. *The Importance of Biodiversity and Ecosystems in Economic Growth and Equity in Latin America and the Caribbean: An Economic Valuation of Ecosystems*. Nueva York: United Nations Development Program.
- Bridge, G. 2014. "Resource Geographies II: The Resource-State Nexus" *Progress in Human Geography* 38 (1): 118-130.
- Büscher, B. 2014. "Selling Success: Constructing Value in Conservation and Development" *World Development* 57: 79-90.
- Castree, N. 2008a. "Neoliberalising Nature: The Logics of Deregulation and Reregulation" *Environment and Planning A* 40: 131-153.
- Castree, N. 2008b. "Neoliberalising Nature: Processes, Effects, and Evaluations" *Environment and Planning A* 40: 153-173.
- Castro, F. de, B. Hogenboom y M. Baud. 2015. "Gobernanza ambiental en América Latina en la encrucijada. Moviéndose entre múltiples imágenes, interacciones e instituciones". En *Gobernanza ambiental en América Latina*, coordinado por F. de Castro, B. Hogenboom y M. Baud. Buenos Aires: Clacso y Engov.
- Costanza, R. y D. Herman. 1992. "Natural Capital and Sustainable Development" *Conservation Biology* 6 (1): 37-46.
- Costanza, R., R. d'Arge, R. de Groot, S. Farber, M. Grasso, B. Hannon, K. Limburg, S. Naeem, R. O'Neill, J. Paruelo, R. G. Raskin, P. Sutton y M. van den Belt. 1997. "The Value of the World's Ecosystem Services and Natural Capital" *Nature* 182: 253-260.
- Durand, L. 2014. "¿Todos ganan? Neoliberalismo, naturaleza y conservación en México". *Sociológica* 29 (82): 183-223.
- Durand, L. 2017. *Naturalezas desiguales. Discursos sobre la conservación de la biodiversidad en México*. Cuernavaca: CRIM-UNAM.
- Edelman, M., C. Oya y S. M. Borras. 2013. "Global Land Grabs, Historical Processes, Theoretical and Methodological Implications and Current Trajectories". *Third World Quarterly* 34 (9): 1517-1531.

- Escalante Gonzalbo, F. 2018. *Historia mínima del neoliberalismo*. México: El Colegio de México.
- Escobar, A. 2010. "Latin America at a Crossroad". *Cultural Studies* 24 (1): 1-65.
- Fairhead, J., M. Leach e I. Scoones. 2012. "Green Grabbing: A New Appropriation of Nature". *The Journal of Peasants Studies* 39 (2): 237-261.
- Ferguson, J. 2010. "The Uses of Neoliberalism". *Antipode* 41 (S1): 166-184.
- Foucault, M. 2003. "Governmentality". En *The Essential Foucault: Selections from Essential Works of Foucault 1954-1984*, editado por Paul Rabinow y N. Rose, 229-245. Londres: New Press.
- Foucault, M. 2007. *Security, Territory, Population*. Londres: Palgrave.
- Fraile, L. 2009. "La experiencia neoliberal en América Latina. Políticas sociales y laborales desde el decenio de 1980". *Revista Internacional de Trabajo* 128 (3): 235-255.
- Fraser, N. 2013. "A Triple Movement". *New Left Review* 81: 119-132. <http://bev.berkeley.edu/ipe/Triple%20Movement-NLR31505.pdf>.
- Holt-Giménez, E. y A. Shattuck. 2011. "Food Crises, Food Regimes and Food Movements: Rumbblings of Reform or Transformation?". *Journal of Peasant Studies* 38 (1): 109-144.
- Holt-Giménez, E., A. Shattuck, M. Altieri, H. Herren y S. Gliessman. 2012. "We already Grow enough Food for 10 Billion People... and Still Can't End Hunger". *Journal of Sustainable Agriculture* 36 (6): 595-598.
- Gómez Baggethun, E. y R. de Groot. 2007. "Capital natural y funciones de los ecosistemas: explorando las bases ecológicas de la economía". *Ecosistemas* 16 (3): 4-14.
- Gómez Baggethun, E., R. de Groot, P. Lomas y C. Montes. 2010. "The History of Ecosystem Services in Economic Theory and Practice: From Early Notions to Markets and Payment Schemes". *Ecological Economics* 69: 1209-1218.
- Guillén, A. s/f. "Modelos de desarrollo y estrategias alternativas en América Latina". Manuscrito sin publicar.
- Guillén, A. 2013. "América Latina: neoliberalismo, políticas macroeconómicas y proyectos nacionales de desarrollo". Ponencia presentada en el Seminario Internacional para la Elaboración de la Versión Final del Plan Nacional

- para el Buen Vivir de Ecuador 2013-2017. Quito, Ecuador, 22-25 de abril de 2013.
- Gudynas, E. 2016. "Beyond Varieties of Development: Disputes and Alternatives". *Third World Quarterly* 37 (4): 721-732.
- Guthman, J. 2008. "Bringing Good Food to Others: Investigating the Subjects of Alternative Food Practice". *Cultural Geographies*, núm. 15, 431-447.
- Harvey, D. 2004. "The 'New' Imperialism: Accumulation by Dispossession". *Socialist Register* 40: 63-87.
- Heynen, N. y P. Robbins. 2005. "The Neoliberalization of Nature: Governance, Privatization, Enclosure and Valuation". *Capitalism Nature Socialism* 16: 5-8.
- Hopwood, B., M. Mellor y G. O'Brien. 2005. "Sustainable Development: Mapping Different Approaches". *Sustainable Development* 13: 28-52.
- Katz, C. 2015. "Dualities of Latin America". *Latin American Perspectives* 42 (4): 10-42.
- Kricheff, D. 2012. "Market Environmentalism and the Re-animation of Nature". *Radical Anthropology* 1: 17-25.
- Larson, A. M. y F. Soto. 2008. "Decentralization of Natural Resource Governance Regimes". *Annual Review of Environment and Resources* 33: 213-39.
- Lemos, M. C. y A. Agrawal. 2006. "Environmental Governance". *Annual Review of Environment and Resources* 31: 297-325.
- Liverman, D. M. y S. Vilas. 2006. "Neoliberalism and the Environment in Latin America." *Annual Review of Environment and Resources* 31: 327-363.
- Martin, P. M. 2005. "Comparative Topographies of Neoliberalism in Mexico". *Environment and Planning A* 37 (2): 203-220.
- McAfee, K. y E. N. Shapiro. 2010. "Payments for Ecosystem Services in Mexico: Nature, Neoliberalism, Social Movements, and the State". *Annals of the Association of American Geographers* 100 (3): 579-599.
- McCarthy, J. y S. Prudham. 2004. "Neoliberal Nature and the Nature of Neoliberalism". *Geoforum* 35 (3): 275-283.
- Martínez Rangel, R. y E. Soto Reyes Garmendia. 2012. "El Consenso de Washington: la instauración de las políticas neoliberales en América Latina". *Política y Cultura* 37: 35-64.

- Meyer, L. 1993. "El presidencialismo. Del populismo al neoliberalismo". *Revista Mexicana de Sociología* 55 (2): 57-81.
- Perreault, T. 2013. "Dispossession by Accumulation? Mining, Water, and the Nature of Enclosure on the Bolivian Altiplano". *Antipode* 45 (5): 1050-1069.
- Perreault, T. 2014. "What Kind of Governance for What Kind of Equity? Towards a Theorization of Justice in Water Governance". *Water International* 39 (2): 233-245.
- Perreault, T. y P. Martin. 2005. "Geographies of Neoliberalism in America Latina". *Environment and Planning A* 37 (2): 191-201.
- Polanyi, K. 1944. *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press.
- Sader, E. 2008. *Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la CTA; Clacso.
- Seoane, J. 2006. "Movimientos sociales y recursos naturales en América Latina: resistencias al neoliberalismo: configuración de alternativas". *Sociedade e Estado* 21 (1): 85-107.
- Sullivan, S. 2009. "Green Capitalism, and the Cultural Poverty of Constructing Nature as Service Provider". *Radical Anthropology* 3: 18-26.
- Sullivan, S. 2012. "Banking Nature? The Spectacular Financialisation of Environmental Conservation". *Antipode* 45 (1): 198-217.